



EL

CAMBIO

DEL



SIGLO

23 : 59 : 59
Dec 31 1999

EL CAMBIO
DEL SIGLO

© 2021

CHARLY UTRILLA

INDICE:

PRÓLOGO	4
1.....	6
2.....	12
3.....	13
4.....	15
5.....	17
6.....	18
7.....	19
8.....	21
9.....	23
10.....	25
11.....	27
12.....	29
13.....	30
14.....	31
15.....	32
16.....	34
17.....	35
18.....	37
19.....	40
20.....	46
EPÍLOGO	48
NOTAS DEL AUTOR	53
AGRADECIMIENTOS	55

PRÓLOGO

Mi nombre es Carlos y vivo con mis padres en un piso modesto de una calle cualquiera, en una ciudad cualquiera. Mis vecinos son personas normales, pero reconozco que, como todos, tienen sus virtudes y sus defectos.

Además, no solo en la comunidad que me alberga, sino en todas las de la ciudad, y creo que, en todo el mundo, hay un tema que la gente está temiendo porque no sabe qué es lo que va a pasar. Dicen que el 1 de Enero del año 2000, con el cambio de siglo, todo cambiará.

Hay quien anuncia que la gente se morirá, otros que los ordenadores y cualquier máquina electrónica se parará porque los aparatos no están preparados para el cambio de los cuatro dígitos del año. En las revistas de videojuegos salen informaciones que indican que van a venir unos extraterrestres en sus naves espaciales y se nos llevarán a Marte o sabe Dios a dónde. Y, por si faltara algo más, los políticos de turno avisan que no salgamos a la calle, por si acaso.

Pero todo eso a Paquita no le preocupa lo más mínimo. Que ¿quién es Paquita? Es la señora que limpia en mi comunidad. Bueno, limpia, saca las basuras, abre la puerta al cartero, compra lo necesario para arreglar el patio de luces, cotorrea con las otras vecinas, que son como las *bruxas*, “haberlas haylas”, prepara las reuniones de la comunidad, lleva sus cuentas y aún le sobra tiempo para irse de fiesta los sábados por la noche con el noviete ese que se ha echado nueve años menor que ella.

Pero bueno, a lo que vamos, ¿alguien se ha parado a pensar alguna vez, la cantidad de rarezas o manías tontas que tenemos todos en nuestras vidas? Yo sí, reconozco que no me gusta dejar las cosas a medias, aunque sean una *ton-tada* y no merezca la pena terminarlas. Por ejemplo, ¿aunque no te guste una película, es normal irte del cine antes de que acabe? Yo me veo hasta los créditos del final. Otro ejemplo, no me gusta dejar a medias un libro. Los termino todos.

Son dos costumbres que tengo, pero si nos ponemos a mirar al resto de los *personajes* que viven a mi alrededor, nos podemos ir despidiendo de ser, lo que se dice, una comunidad ejemplar.

1

5 de Septiembre de 1998

El día dos tuvo lugar una reunión de la comunidad de vecinos, en el patio de la casa, para lo típico: cambio de presidente, aprobar cuentas, dar ideas sobre los arreglos a realizar, y algunas cuestiones más sin trascendencia. Sin trascendencia, si una persona no se hubiera presentado entre los dieciséis vecinos y la hubiera empezado a *liar*, insultando y tratando mal a casi todos los que allí estaban.

Yo descansaba en mi casa tan tranquilo, y de pronto, empecé a oír voces y gritos cada vez más fuertes que provenían del patio. Abrí la puerta para escuchar lo que decían y aquello me dejó sin habla.

De todas las personas que hablaban, había una que sobresalía más. Con su agudo acento andalusí, Paquita igual insultaba a un vecino, que amenazaba a otra vecina con darle un *mamporro* en la cabeza. Al principio no sabía que *pintaba* ella allí, ya que nunca asistía, pero cuando subieron mis padres de la reunión, me dijeron que la habían llamado para comunicarle que la echaban. ¿Por qué?, pregunté yo. Y mi madre me dijo que, últimamente, estaba *sisando* dinero cuando iba a comprar productos de limpieza.

Del poco trato que pude tener hasta aquel día, la señora parecía *maja*. Solo nos saludábamos con un “buenos días” cuando yo bajaba las escaleras, recién fregadas, por la

mañana temprano para irme a clase. Pero eso sí, esas dos palabras le salían con un arte andaluz que no podía con él.

Mi madre también me dijo que, a partir de entonces, cada vecino se fregaría su trozo de escalera y cada semana un vecino a rotación, sacaría la basura por las noches.

A Paquita ya no la volví a ver más, por el barrio, pero sí en las inmediaciones de la universidad, ya que ella vivía por allí. Nos saludamos las primeras veces como si nada, pero de tanto vernos a la salida de mi horario escolar, ella me fue contagiando una idea que a mí no se me había pasado por la cabeza. Me decía:

–Chiquillo, ¿tú te acuerdas del Big Bang? Sí, de esa teoría *rara* que decían que había creado todo esto. –Mientras estiraba los brazos intentado abarcar a su alrededor.

Yo le hice un gesto afirmativo con la cabeza porque lo había estudiado hacía poco y después de acercárseme un poco más, soltó así de pronto y silbando las palabras:

–Pues se rumorea que el 31 de Diciembre de 1999 por la noche será igual, pero al revés. Que el globo del mundo se contraerá y se convertirá en una gran bola de fuego.

Yo no supe qué decirle y me quedé mirándola como si no la hubiera visto jamás. Cuando pude recuperar el habla, le dije que eso era imposible, que eran suposiciones que hacían los científicos, pero que esa gente estaba un poco *tarumba* y que no les hiciera ni caso.

Paquita ya no me volvió a decir nada del tema, aunque sí nos saludábamos cuando yo salía de la universidad. Pero sus palabras se me habían quedado grabadas como el

fuego en la carne y cada vez que pensaba en esa idea se me revolvían las tripas.

Era mi último año de carrera con unas pocas asignaturas sueltas, y mis padres ya me habían dicho que me buscara un buen trabajo: “para empezar desde cero, que es como hay que empezar”.

Aunque me hubiera gustado trabajar en algo relacionado con mi carrera, al principio me daba igual en qué, simplemente ganar unas *perrillas* para ir ahorrando y poder viajar a Londres para ver a mi tío, que vivía allí por cuestiones laborales. De hecho, ya había empezado a preguntar aquí y allá por si necesitaban mozo de recados, ciclista para entregas a domicilio o, simplemente una persona para cuidar a otra, igual me daba.

El día que tenía el último examen del último cuatrimestre de la última asignatura, salí de casa temprano y me crucé en la puerta de la calle con el *flamante* presidente de mi comunidad, que me vio y se le encendió la luz:

—¿Qué tal, Carlos? ¿Qué tal van esos exámenes? ¿Acararás este año?

Yo le respondí con prisas, intentando escabullirme lo antes posible:

—Bien, van bien, creo que sí, hasta luego que llego tarde.

Y me dejó marchar, pero se me quedó mirando hasta que desaparecí. Cuando volví, contento por estar seguro de que lo había aprobado, allí estaba él, de nuevo, y ahora sí que me habló sin rodeos ni bromas:

–Te voy a hacer una oferta de trabajo a ver si te gusta. No tienes que aceptar ahora, sube a casa y háblalo con tus padres. ¿Quieres ser el portero de esta comunidad? Ahora que ya no está Paquita, este patio es un desastre y va todo manga por hombro, y las cuentas no digamos.

Creo que si me pinchan entonces no hubiera sacado sangre. Se me quedó mirando sin decir nada. Cuando pude reaccionar, que fueron cuatro o cinco segundos que me parecieron horas, dije que ahora iba a casa y por la tarde le daría una respuesta.

Mis padres me dijeron que sí, con dos condiciones: “primera termina la carrera, y segunda solo si te pagan bien”. Lo primero era fácil, pero lo segundo lo estuve dudando varias horas, hasta que, esa misma tarde fui a casa del presidente, que me dijo:

–Mira, nosotros ya te conocemos y, además, es bien fácil, tendrás que hacer todo lo que hacía Paquita, menos una cosa.

–¿Cuál? –pregunté yo, temblando temeroso, pero intentando que no se me notara.

–Llévate dinero de esta *santa casa*. Si necesitas más para lo que quieras, lo que sea, me lo dices y te subiremos el sueldo. Pero, ante todo, tienes que ser honrado con todos tus vecinos.

–Vale, de acuerdo. –dije, pero al oír la palabra *sueldo*, el corazón me empezó a latir desbocado. E, instintivamente, le pregunté:– ¿Y cuánto voy a cobrar?

–De momento lo mismo que cobraba Paquita el último mes que estuvo, y tú me dices si te sirve o necesitas más a

partir de entonces. Pero, para lo que hay que ir comprando, creo que será bastante. Además, a ella le sobraba algo para llevarse al bolsillo.

En aquel momento, me dijo que si quería beber algo. Le respondí con un parco “no, gracias”, y pasó a explicarme todas y cada una de las tareas que debería realizar en la comunidad.

Fregar escaleras, sacar basuras, limpiar cristales y barandados, reponer cualquier elemento que se necesitara de cualquier tipo, llamar a que vinieran a arreglar lo que se rompiera, responder gracilmente a las personas que requirieran cualquier información sobre los vecinos, atender al cartero y manejar la economía de la comunidad, “que de ti sí me fio”, me dijo.

—Además, como vives aquí mismo, tendrás libertad de horarios para trabajar como tú quieras. —me indicó más tranquilo ya.— Si aceptas el trabajo, cuando quieras puedes empezar, mañana o cuando sepas que ya eres ingeniero informático, me da igual.

Le respondí que, en principio aceptaba, y que esa semana tenía que hacer los papeles del título de ingeniería, pero a la semana siguiente empezaba.

Y así fue, comencé una noche con las basuras y al día siguiente ya hice varias faenas para *pulir* el patio. A final de mes cobré mi primera nómina. ¡Aleluya! Y con el paso del tiempo, vi que se ajustaba holgadamente tanto a los gastos de la comunidad, como a los míos.

Una mañana de invierno, vino un *jovenzano* a repartir propaganda por los buzones y me dio un papel que llevaba

publicidad de una universidad privada de Salamanca. En el folleto decían que el cambio de año no solo iba a traer otro siglo, sino muchas desgracias en todo el mundo: catástrofes naturales, asesinatos masivos, guerras, atentados importantes, varias plagas generadas por marcianos, crisis económicas internacionales y varios problemas más que ya no seguí leyendo.

Después de comer, le di vueltas en la cabeza a lo que había leído y me hice la promesa de que no solo cambiaríamos de siglo. Yo, gracias a mi nuevo trabajo, también iba a cambiar.

2

1° A: Juan y Lola

De mediana edad, aunque Lola, con su melena rubia, parecía mucho más joven. Juan era muy metódico, le gustaba decir eso de “cada cosa en su sitio y cada lugar es para su objeto”. Y ojo con tocarle algo, que enseguida se le oía protestar porque le habían movido algo de sitio.

Con Paquita se llevaban bien, pero fueron los que se dieron cuenta de que las cuentas comunales bajaban cada sábado por la tarde.

Mi primera semana de trabajo, Lola me preguntó: “¿y tú ya sabes de todo esto de fregar?” No le respondí inmediatamente, solo dejé pasar el tiempo mientras hacía mi trabajo. Con los meses, se dio cuenta de que no había hecho bien en preguntar eso.

Juan, Juanito para los amigos, trabajaba en una biblioteca municipal, aunque ya había estado destinado en media docena de bibliotecas de la ciudad y Lola se encargaba de llevar el hogar.

A veces, montaban fiestas e invitaban a varias parejas que bebían, bailaban, cantaban y gritaban, pero como debajo no hay vecinos, sin problemas.

Para ellos, el año 2000 solo sería uno más en el que vivir. No se querían creer nada de lo que se rumoreaba.

3

1° B: José y Antonia

Los mayores del bloque. José llevaba muletas y le fallaba una pierna, pero salía todos los días a la calle. Todo lo contrario que Antonia, que, aunque solo llevaba un pequeño bastón, le costaba mucho esfuerzo mover cada pierna para dar un solo paso, y las llevaba llenas de varices. Parecía que le iban a “estallar” en cualquier momento.

Muy de vez en cuando venía su hijo que trabajaba en un hotel de América. Acudía cada verano con la nuera y los cuatro nietos a visitar a sus padres y traerles algún regalo.

Uno de ellos, en cuanto me veía se me quedaba mirando como diciendo “¿este tipo quién es y qué hace aquí?”.

Paquita trataba muy bien a Antonia, comprándole todo lo que necesitaba, haciéndole compañía cuando José se iba a pasear, o pasando horas y horas tejiendo en las largas, frías y duras tardes de invierno.

José me miraba con aires de superioridad al principio, pero después se dio cuenta de que solo estaba allí para ayudarles. Siempre fue muy desconfiado de todo el mundo, nunca se creía nada de lo que oía en la radio o veía en la tele.

A veces, discutían por cualquier tontería y se les oía hablar a gritos por todo el vecindario. “¡Has sido tú!”. “¡No, al revés, lo has hecho tú!”. Pero en seguida se calmaban y la sangre no llegaba al río.

Aunque estaban jubilados los dos, habían tenido unos trabajos duros anteriormente. José, de jornalero en obras que había por las calles, contratado por el ayuntamiento y Antonia, en un taller de costura en el que no se descansaba ni los domingos.

Les daba igual el cambio de siglo que el cambio de camisa, con todo lo que habían vivido ya no esperaban nada sorprendente.

4

1° C: Emiliano y Rosario

Los que más tiempo llevaban viviendo en el bloque. Y, para mí, las mejores personas del mundo, los que mejor me han tratado desde pequeño.

Emiliano era ordenanza del ayuntamiento y, cada vez que había una fiesta en un día grande, me hacía un gesto para que fuera con él y me decía: “ven, Carlitos, ponte aquí al lado de la mesa, que en cuanto terminen los discursos vendrán aquí y no te dejaran tomar nada”.

Rosario era un ángel, por la manera que me trataba. En cuanto me veía por la escalera, salía con algo para darme, o me decía: “toma Carlitos, dale esto a tu madre para que te lo haga de cenar”.

No salían de casa para nada, pero tenían un sobrino que cada fin de semana se encargaba de ir a Galerías Primero y hacía que les llevaran la compra semanal cada lunes.

A Paquita, también le gustaba ayudarles, por lo cariñosos que eran y lo bien que se llevaban. Con el tiempo me enteré que los tres eran de la misma *quinta*.

Cuando les dije que ella se iba y me quedaba yo, fue un choque de emociones, tristeza y alegría. Lloraron y rieron a la vez. Y yo con ellos.

Un día les enseñé el folleto de la universidad, y me respondieron al unísono los dos: “mientras no nos quiten la poca pensión que tenemos, que sea lo que Dios quiera”.

Durante los últimos años de vida, Emiliano se quedó sordo de un oído y casi del otro, y aunque le pusieron dos audífonos no consiguió oír casi nada. La pobre Rosario tenía que hablarle por señas o gritarle en el oído menos malo para que le hiciera caso.

5

1° D: Enrique y Carmela

No teníamos mucha relación con ellos, vivían de alquiler y salían de viaje constantemente durante varias semanas. Emiliano me dijo una vez que eran *adinerados* y tenían un apartamento en la playa y otro en la montaña.

Lo que sí recuerdo es que Carmela tenía muy *malas pulgas*, y cuando se emborrachaba, amenazaba a Enrique con “pegarle un puñetazo” si no le hacía caso en sus insulsas peticiones.

Enrique, por su parte, se iba de casa cuando su mujer o novia, o querida, o amante, o no lo sé qué eran con seguridad, empinaba la botella. Al rato volvía y se *liaba parda*.

Paquita ya les había *echado el ojo*, y les había metido unas cuantas broncas por no pagar a tiempo la mensualidad, pero pasaban de ella como de quedarse en casa todo el año.

Sin embargo, conmigo fue diferente. Carmela en cuanto me vio estuvo a punto de desmayarse, si no es porque Enrique la tomó en el aire mientras caía. Y él también se me quedó mirando después, pero mi reacción por asistir a su ¿mujer?, le hizo reaccionar con normalidad.

Para Enrique, el cambio de siglo y todo lo que se había hablado era una “patochada” y, según él, “no iba a pasar nada de nada”. Carmela pensaba que algo bueno les traería el año 2000, pero nada más.

6

2° A: Carmen

Si cuando describes a una persona que no conoces tuvieras que ponerle un nombre, seguro que a ella le pondrían el de Carmen.

Viuda, no muy mayor, pelo corto y amarillo *chillón* (no, rubio no), delgada y muy alta. Vestida con ropa *estrafalaria* de colores vivos, y casi siempre, con algo en la cabeza: pamelita, gorro, sombrero o pañuelo.

Siempre la conocí sola, pero mis padres me dijeron que hace *millones* de años, vino a vivir con un hombre con el que se casó por el rito *hawaiano*, y que el señor se murió en la guerra.

A Carmen no le gustaba Paquita, y a Paquita no le gustaba Carmen. Las dos se tenían *odio eterno*, según decía Carmen. Para mi antecesora en el puesto de trabajo, Carmen era *roja*, y para Carmen, la *otra* era de las que no te podías fiar.

Un día me crucé en la escalera con ella y me contó que el 31 de Diciembre por la tarde se metería en casa a ver qué pasaba al siguiente día, y según lo que viera, saldría o no. Nunca supe si temía algo o estaba despreocupada debido a tanta sobreinformación.

No tenía a nadie, que supiéramos. Ni familia, ni amigos, ni trabajo. Nada de nada.

Son de segunda generación, me explicaré.

Los padres de Mario vivieron un buen tiempo en ese piso, pero se murieron los dos, y la casa se quedó para el hijo único.

Aunque ya no son muy jóvenes, Elisa es la novia y hacía muy buenas migas con Paquita: iban de compras y se ayudaban en las tareas de la comunidad. Hasta que Mario le dijo a su pareja que “no tenía por qué ayudar a la *limpiadora*”, como él la llamaba.

Mario es de esos hombres que le dicen a todo el mundo lo que tienen que hacer, cuándo, con quién, durante cuánto tiempo y por qué. Y si algo no le gusta, lo dice gritándote a la cara. Y, claro, también a Elisa. La pobre, a veces, se queda quieta en un sitio cualquiera de la casa porque no se atreve a hacer ni a decir nada.

Elisa antes era una chica normal a la que le gustaba ir al cine, leer tebeos o salir de fiesta, pero desde que Mario rompió con su exnovia, pues hubo un tiempo en que compartió a las dos, cambió su manera de ser a peor y lo paga la actual compañera de piso.

Conmigo, tengo que reconocer que no se ha portado mal nunca, ni me ha dicho nada cuando nos hemos cruzado, pero los vecinos de rellano me lo han confirmado.

Hablando de rellano, una vez que me crucé con él en su planta, me comentó que en la empresa donde trabaja, le

dejaron bien claro que si a partir del 1 de Enero de 2000 había alguna plaga por el mundo, que no se le ocurriera entrar en la oficina nunca más, por si las *moscas*.

8

2° C: Alberto y Angeles

Mi casa, mis padres y mi vida. Si tuviera que narrar todo lo que ocurre, no solo en el vecindario, sino en todo el barrio, seguro que lo haría desde esta *magnífica atalaya*.

Al principio, entraron a vivir en alquiler por ser del *Ayuntamiento*, pero más tarde, compraron el piso. Una ventaja, por aquellos años duros de la transición. Y más, teniendo en cuenta el precio de la vivienda entonces.

Ellos con Paquita, “ni fu ni fa”; pensaban que era una limpiadora más, modesta, como todas las que había en el barrio. Pero se equivocaron, y cuando lo hicieron, fueron los primeros en animarme a sucederle en el cargo, eso sí, con las dos premisas que ya conté. Y tengo que decir, que me ayudaron y me apoyaron, siempre y en todo.

Mi madre, empedernida de la televisión, con todo lo que decían sobre el paso de año cada vez estaba más nerviosa: “Carlos, han dicho en la tele que van a poner una bomba como la de Hiroshima en Alicante”. “He oído en La 2, que los médicos no van a dar abasto con la cantidad de gente que va a ingresar en La Casa Grande el día de Año Nuevo”. “¿Es verdad que tienen preparado un arsenal de bombas fétidas para tirarlas en La Puerta del Sol de Madrid después de las campanadas?”. “Una mujer en La Cadena Ser ha dicho que la Tercera Guerra Mundial ya está firmada, solo están esperando a que llegue el uno de Enero”.

Como se suele decir, ella había *oído campanadas*, pero no sabía de qué iba el tema. Menos mal que con su mala memoria, cuando llegó el Año Nuevo, ya no se acordaba de nada.

Eran un matrimonio *chapado a la antigua*, pero con un don especial para ayudar en todo lo que podían: vigilar mi casa cuando no estábamos o abrir nuestro buzón en las vacaciones que mi padre tenía en Agosto, ya que vivíamos pared con pared.

Me acuerdo que tenían dos carros de la compra, uno viejo, roto y sucio, y otro nuevo, bueno y, sobre todo, limpio. Pero a Eugenia no le gustaba este último y siempre salía a comprar con el viejo. En la calle las vecinas le decían que se comprara otro nuevo, pero ella se empeñaba en que “no hacía falta otro, que ese le valía y le sobraba para lo poco que comían entre los dos”.

Por lo que me contó una vez Paquita, José le intentó *camelar*, hace mucho tiempo, pero ésta no se dejó. Y desde entonces, solo se dirigían la palabra para insultarse mutuamente. Entendible, con la mala leche que tenía la limpiadora. Sin embargo, Eugenia la tenía en *palmitas*, ya que no sabía nada.

A José le gustaban los libros y las películas de ciencia-ficción, y varias veces, me preguntó si “al final de la Nochevieja pasaría algo parecido a lo que sale en las películas o narran en los libros”. Yo le dije que no creía, pero tampoco estaba muy convencido, “no se lo podía asegurar al cien por cien”.

Eugenia era muy religiosa y tenía un cuarto reservado para *guardar* a la Virgen. Era una imagen de la Milagrosa encerrada en una caja de madera con cristales, que iba por todo el vecindario, de casa en casa, durante una semana. Cuando le tocaba a ella, la ponía encima de una mesa en esa habitación y al lado de una vela.

3° A: Esteban y Pepa

Los dos funcionarios, oficinistas en el edificio del Ayuntamiento, entraban y salían juntos de casa, compraban juntos, a los dos les gustaba hablar con cualquiera, los dos siempre sonriendo. Trataban bien a Paquita y me trataron bien a mí.

Solo tenían un defecto: eran demasiado jóvenes y les gustaba mucho las fiestas en su casa, invitando a mucha gente cada fin de semana. Con todo lo que ello conlleva: música, voces, ruidos o suciedad. Y, a veces, altercados con borrachos a los que se llevaba la policía.

Un día que estaba barriendo el patio, entraron hablando de una plaga de mosquitos que iba a venir. Me di cuenta que llevaban una revista y me dijeron lo que ponía en ella. A Pepa le daban miedo los mosquitos y puso una cara como de asco, pero Esteban le dijo que eso era imposible y, literalmente, “que no me van a tocar a mi Pepa por nada del mundo”.

Esteban era un *echado pa'lante* y no le tenía miedo a nada ni a nadie, pero al ver esa revista se le puso una cara, no de miedo, pero sí de respeto. Cualquiera que la leyera pensaría que a mitad de las próximas navidades se acababa el mundo.

Además, eran unos fumadores empedernidos. Cuando yo subía o bajaba las escaleras, siempre había el mismo

olor. Aun colocando ambientadores, la peste a tabaco seguía durando horas y horas.

No había oído nunca el término de *soltera de nacimiento*, hasta que me lo dijeron mis padres, pero a ella se le ajusta por todo el cuerpo. Jubilada hace pocos años, siempre bien vestida y pintada, hasta para tender una lavadora y con una voz cantarina que alegraba a todo el patio de luces.

Cuando *largaron* a Paquita, el presidente de la comunidad, estuvo pensándose si ofrecerle el trabajo a ella, pero lo desechó porque según él: “no puedes fregar una escalera con el rímel puesto”. Creo que trabajaba en una tienda de ropa, pero no sé dónde, ni cuánto tiempo.

Casi todos los fines de semana se iba por ahí, y cada dos por tres con un hombre diferente, pero, que yo sepa, nunca se casó. Creo entender por qué: Esperanza era muy mala cocinera, de hecho, o pedía comida a domicilio, o se iba a comer o cenar a un bar o restaurante.

Paquita la envidiaba: “que suerte tiene la *‘jodia’*, que se pone mil potingues y sale de fiesta continuamente”. Sin embargo, yo la veía con otros ojos, los de la vergüenza.

Era muy maruja, y todo lo que oía lo tenía que coto-rear, y al revés, preguntaba todo a todos, y hasta que no se enteraba no te quitaba la vista de encima. Esos ojos grandes, abiertos, clavados en tu cara, y que decían: “hasta que no me respondas te seguiré mirando atentamente”.

El poco tiempo que estaba en casa lo pasaba en el balcón que daba a la calle o en la galería del patio de luces y, como no, controlando todo lo que se moviera.

Le gustaba eso del *esoterismo* y, según decía ella, había echado las cartas y mirado una bola de cristal para ver qué sería de ella en el siglo XXI. No sé lo que le saldría, pero, al parecer, no le dijeron nada malo porque siguió igual que en el XX.

A un vecino se le mide por muchos valores, pero principalmente por uno que es sencillo de cumplir: no molestar con ruidos. Para ellos, eso no existía: sillas, mesas, sofás, armarios, puertas, radio, televisión, ventanas, tacones de zapatos o saltando por la casa.

Así durante todo el día, menos mal que por la noche descansaban, y nosotros. En el trato eran muy majos, pero como vecinos de arriba un *tostón*.

Eran de Ceuta, vinieron para que él hiciera la mili y poder casarse. Se quedaron ya que Cecilio encontró trabajo de bombero. Cuando estaban con alguien más, no hablaban entre ellos, según mi madre porque “él tenía un hervor menos y se le trababa la lengua”.

Paquita les comentó una vez lo de los ruidos, pero siguieron igual, sin importarles los vecinos lo más mínimo. A mí, mientras me dejaran dormir por la noche, me daba igual, pero a mi padre, no. Lo debieron hablar entre ellos, pero tampoco surtió efecto. Creo que hay gente que hace todo a golpes, aun sin querer, pero sin tener presente que no están ellos solos en el vecindario.

Mary era muy miedosa y, con cada mala noticia que salía en la prensa esa Navidad, empezaba a temblar, a rezar y a llorar, como si no hubiera un mañana. Hasta que se le pasaba.

3° D: Luis y Luisa

Jamás Cupido tuvo tanta suerte dando en el blanco con todas sus fuerzas. La misma edad, el mismo pueblo de nacimiento, la misma ciudad de residencia y, después de veintiún años, la misma casa donde vivir y unidos por el matrimonio. Por si esto fuera poco, ¡se llaman casi igual!

Pero todo no es igual. Luis tenía un arte para la mentira y poder salir airoso de cualquier embolado que cualquiera que hablara con él, no se daba cuenta que se la *estaba colando*.

Que se lo pregunten a Paquita. Varias veces tuvo que reprocharle que pasara por el patio justo cuando lo acababa de fregar, y él cada día le respondía con una excusa, totalmente creíble, pero falsa.

Por el contrario, Luisa era el *ángel de la guardia* de Paquita. Se cuidaba mucho de importunarla cuando la señora estaba laborando en las escaleras, y solo salía o entraba en las horas que sabía que no estaba trabajando.

Varias veces me crucé en el patio con Luis, y, como un reloj, allí estaba él, recordándome que “esta Nochevieja va a ser la última, porque se rumorea que el día de Año Nuevo habrá volado todo”, me decía como si nada.

Más de una vez, y más de dos, la pobre Luisa tuvo que arreglar algún malentendido por las mentiras de su marido. Por suerte, la misma habilidad que tenía él para meterse en problemas, la tenía ella para solucionarlos.

Próximo a mi casa hay un local de una cadena de tiendas importante y algunos de sus empleados viven por aquí cerca. Dos de ellos, en mi bloque. Compañeros de trabajo y de piso.

Al estar trabajando durante todo el día no aparecen hasta la hora de cerrar el comercio. Se podría decir que solo *pernoctan* en la casa, pero, eso sí, los fines de semana no salen para nada.

Casi ni conocían a Paquita, y a mí porque vivía allí, pero no por vernos por las escaleras. Lo malo es que, al conocerme más, han ido por todo el barrio con el cuento de que yo cobro poco por vivir allí mismo, cosa que es mentira.

No sé qué pensarán del cambio de estas Navidades, pero poco les importará con el buen empleo que tienen.

Algunos vecinos me han dicho que son muy silenciosos, y mi padre me dijo un día que en las reuniones de vecinos son los que menos hablan. Yo, al principio, pensaba que eran más que compañeros de piso, pero mis fuentes me han confirmado que esa idea es totalmente errónea.

Cuando voy a comprar, solo o con mis padres, y los veo, nos saludamos y seguimos comprando, sin más diálogo. Eso se llama *respeto mutuo*.

Hace unos cuantos años, se murió Antonio, que vivía con sus hijas y ellas se quedaron allí. Al mirarlas a la cara, te das cuenta de que son hermanas y casi gemelas, pero no. No son ni jóvenes ni viejas, pero Rosa, que ha sufrido bastantes achaques, tiene una costumbre que no me gusta nada: cada vez que respira, sobre todo si está moviéndose, suelta la sílaba “ai”.

A mí, a veces me pone nervioso y hago una mueca de dolor, y otras veces a modo de broma, empiezo a decir “aiaiaiaia”. Además, a ratos pone énfasis en la a, y otras en la i. Debe de ser según el estado de ánimo que tenga.

Marta, por el contrario, es más *normal* y más maja, y creo que tiene las entendederas por partida doble, las suyas y las de su hermana. No tengo ninguna queja de ella, además, tiene mérito el estar toda la vida cuidando de su hermana.

No sé en qué trabajan, pero por sus comentarios, creo que en algo *fácil y bueno*, ya que una noche que nos encontramos en la calle me dijeron que “el fin del mundo nos viene muy mal porque tenemos un buen trabajo y nos divertimos con él”.

Fueron las encargadas de echar a Paquita, porque “limpiaba poco y mal”. Aunque, aquellos días aun no sabían que también *sisaba*. Conmigo al revés, en cuanto me

veían, me alababan por mi trabajo: “que diferencia de patio de Paquita a ti, eres un primor”.

Él policia y ella ama de su casa. Ejemplares, si no fuera porque a María le gustaba comprarse todos los libros que salían al mercado. De cualquier género. Inmediatamente. Los empezaba a leer, y si no le gustaban, pasaba las hojas sin leerlas, y lo terminaba en dos días. Y a por otro.

Julio llevaba su empleo en silencio, y poca gente sabía a lo que se dedicaba. En sus ratos libres se entretenía en leer lo que su mujer compraba. Pero su *hobby* no era la lectura, lo suyo era el tema de las armas. Muchas veces, de pequeño, me decía: “¿te quieres venir al cuartel a pegar unos tiros al plato?”

María decía que “Paquita no limpiaba bien el suelo de su rellano porque allí no llegaba prácticamente nadie”. Y cuando se iba la andaluza, ella sacaba la fregona y le daba un buen repaso al suelo. Hasta que llegué yo y la *jubilé*.

A Julio, el tema del cambio al año 2000, le daba igual, decía: “yo en mi trabajo, ya he visto casi de todo”. Y yo pensaba: “casi, pero no todo”. Aunque él fuera muy valiente, siempre hay algo más allá que no podemos controlar nunca.

En una de las reuniones vecinales tuvieron la genial idea de, como propietarios de un piso de la última planta, proponer que se hiciera una terraza encima de su casa, abriendo un agujero en medio del techo del patio. A la hora de votar, fueron los únicos que lo hicieron a favor.

De pequeño, no tuve mucha relación con ellos, pero poco a poco nos fuimos viendo más. Eran conserjes los dos, uno en un colegio y la otra en una piscina. Nunca tuve ningún problema con ellos.

Cuando nos juntábamos en la compra, yo me fijaba en cómo Araceli, en la sección de la fruta, cogía un *puñado de bolsas* y se lo guardaba en el bolso, no las dejaba en el carro. Me preguntaba, para qué querría tantas bolsas esa mujer. Con el tiempo, me enteré que tenían toda la casa llena de bolsas de cualquier tipo, tamaño, color, material, etc.

Pero no era solo una *enfermedad* de Araceli. Pedro también intentaba conseguir cualquier bolsa, por pequeña o simple que fuera. No era que se las coleccionaran, pensaban que, en un momento dado de la historia, los políticos prohibirían totalmente las de plástico y obligarían a usar de papel. Y había que estar preparado para ese momento.

Con Paquita se llevaban bien. Bueno, todo lo bien que se podían llevar viviendo en el rellano que menos se limpiaba, claro. Por lo demás, sin problemas, sobre todo cuando me puse yo a mantener la limpieza del patio.

Una de las veces que subí a realizarla, me preguntó Araceli “¿crees que de verdad va a pasar algo el año que viene?”. Le dije que “no lo sabía, pero cuando el río suena, agua lleva. Cuando tantas personas hablan sobre lo mismo,

cualquier cosa puede pasar”. Y así se quedó ella mientras yo me iba para mi casa.

Ese día yo me levanté pronto para realizar algunas tareas en el patio. La ciudad aún estaba empezando a despertarse. Salí un momento a la calle para respirar el aire de la madrugada y vi que el cielo estaba a trozo rojos y con unas nubes que no presagiaban nada bueno.

Me metí para dentro y empecé a trabajar, como todos los días. Al rato, vino Julio y me dijo que había ido de noche y “menuda nochecita”, afirmó. No le pregunté por qué, pero pensé que sería como cualquier otra noche de fiestas navideñas.

A la hora en la que supuse que habían abierto los comercios bajaron juntas Esperanza y Luisa. Dijeron que iban a comprar para la cena. Las noté un poco más raras de lo normal, pero no le di más vueltas.

Al rato, entró el sobrino de Emiliano, contándome que “esta noche ceno con mis tíos, que ya no estaban para salir de casa”. Me preguntó si sabía de algún lugar por el barrio donde arreglaran ordenadores y le dije que tenía una tienda de repuestos a un par de calles.

A media mañana, mi madre me llamó por teléfono para preguntarme si había encontrado las llaves que se me habían perdido el día anterior. Le respondí que sí y se despidió.

Sobre las dos, subí a casa para comer y mi padre me dijo que por la noche vendrían también a cenar Roberto,

mi primo, y su mujer. Hacía mucho que no lo veía y a ella no la conocía.

Esa tarde me la tomé de *vacaciones*, aunque estuve pendiente por si había algún problema en la comunidad. Tranquilidad, todo fue *como la seda*.

A última hora de la tarde me llamó Antonia a la puerta y me dijo:

–Mi hijo, mi nuera y mis cuatro nietos han venido a cenar, pero a uno le duele mucho la cabeza y quería preguntarte si tenías una aspirina.

–Sí, claro, espera. –le dije, y fui al botiquín a por una, y al salir a dársela, me interrogó:

–Gracias, hijo. ¿Oye tú no crees que esto es un poco raro? Dice mi hijo que a Marquitos nunca le duele la cabeza, y menos tan fuerte como dice que es hoy. ¿No será algo premonitorio?

–No, no creo. Igual es del viaje o el cambio de ambientes de América a aquí, quién sabe –le respondí.

–Bueno, bueno, me voy para que se la tome. Gracias, a ver si se le pasa enseguida.

Llegó la hora de hacer la cena: cardo con almejas ¡cómo no!, pollo al ajillo y turrón, mucho turrón, para contrarrestar al cardo. Quitando que un muslo del pollo me salió un *poquito chamuscadito*, no hubo más contratiempos.

Por raro que parezca, nadie en mi casa se había acordado de comprar las uvas. Excepto yo. Y, tras el alago de toda la familia, para quitarme *medallitas*, inventé una historieta diciendo que “en la frutería las mujeres se mataban

por un racimo en condiciones”, y “qué *caro* va todo con el cambio al euro”. Así, se rieron y se olvidaron de mí.

A las nueve, como todos los años, había que poner la tele para ver el discurso del Rey. En mi casa era *obligatorio* y, además, había que estar callado y quieto, para poder escuchar con atención todo lo que dijera. Habló del “Efecto 2000” y de cómo podría afectar a los *españolitos de a pie*. Total, media hora hablando, para decir: “Hola. Soy Juan Carlos I, tu rey. Feliz año. Adiós”.

La mujer de mi primo, que se llamaba María Josefa, era muy *rara*. Tenía más manías que un *chino en un bar*. Nos contó que llevaba una prenda interior roja. Roberto quiso saber cuál era, pero ella no respondió. Había metido un anillo en la copa de champán y teníamos que pedir un deseo, pero no había que decirlo porque si no, no se cumpliría.

Durante la cena, se habían oído unos cuantos truenos lejanos, pero sin caer nada de agua. Estaba claro que los que salieran de fiesta se mojarían por dentro y por fuera. En los brindis de las once y media ya chispeaba.

Y llegaron los cuartos: 1, 2, 3, y 4. Los truenos estaban ya encima y empezaba a llover como si el cielo anunciara algo nuevo.

Para cuando sonaron las campanadas, “las de verdad” como decía mi primo, yo ya estaba terminando mis uvas. Sin embargo, María Josefa parecía estar acompasada con el reloj de Madrid, qué *puntualidad británica*. La que más rezagada iba era mi madre, a un ritmo de una uva por cada cuatro campanadas.

Entre el ruido del agua en la calle, la voz de la tele felicitando el nuevo año y los gritos de toda mi familia en casa, se distorsionó un poco el trueno tan fuerte que hubo en ese momento.

Besos, abrazos, saltos, champán, confeti, matasuegras, lágrimas, toses con uvas y más truenos.

Y más fuertes, si cabe. La cantidad de agua que caía era exagerada. Llovía como si *no hubiera un mañana*. Paquita hubiera dicho: “Esta jarreando un agua que acojona”. Y para hacerlo, solo faltó que mi padre dijera:

–Pues con estos rayos, no sé si aguantará mucho la antena de televisión.

Yo le miré, pero no le dije nada, y él ya supo que se tenía que haber estado callado.

Así pasó la primera hora de aquel año incierto, pero la noche seguía su plan preestablecido, como un *autómata* al que no se le puede parar.

Nos calmamos un poco, pero no la lluvia, ni los relámpagos, ni, claro está, los truenos. Cerramos el balcón para que no entrara agua, pues ahora se había levantado un fuerte cierzo.

Sobre la una y media llamaron a la puerta. Era María, la del cuarto:

–Carlos, hay una gotera en mi rellano y, además del charco que se ha hecho, ya está empezando a filtrarse por las puertas de las casas.

Sí, teníamos previsto arreglar el techo del bloque, pero aún no lo habíamos hecho, estaba preparado para el mes de Marzo.

–Pues pon un cubo en el suelo y trapos por las puertas, porque ahora no habrá nadie que quiera venir a arreglarlo. –le dije.

–Yo creo que esto de la tormenta tiene algo que ver con lo del cambio de año, porque si no, ya me contarás tú –me soltó y se fue para arriba.

Cuando cerré la puerta saqué del cajón una tarjeta con el número de teléfono del que me había ayudado a sellar la claraboya hace un par de meses. Mañana sería otro día.

Seguía lloviendo en el momento en que Roberto y su mujer se fueron a las dos y media, porque habían quedado para una fiesta en casa de un amigo de María Josefa. Pero al levantarse para irse, se oyó la sirena de una ambulancia que venía por la calle.

Rosario tenía mucha fiebre, estaba temblando y delirando, y su sobrino llamó a un médico, y éste a una ambulancia para trasladarla a un hospital. Tenía problemas de corazón, pero después me enteré que solo fue un susto y se le pasó nada más llegar a urgencias.

Sin parar de llover, la calle parecía un río. Las alcantarillas estaban llenas y no existían los bordillos de las aceras. A eso de las tres de la mañana recogimos la mesa mi madre y yo, y nos fuimos a dormir. Algún día pararía, pensé yo.

Cuando me iba a meter en la cama vi que mi ordenador portátil estaba completamente apagado. Siempre lo dejaba en suspensión. “Se le habrá acabado la batería”, me dije. Y me acosté.

Dormí mal, muy mal. No paraba de tronar, más fuerte o más suave. Una tormenta, después de otra. A ratos llovía más, a ratos cesaba un poco. Miré el reloj mil veces aquella noche. Las cinco, las seis y cuarto,...

Y por fin dieron las ocho. Aquella noche, con las alegrías del nuevo año, no puse el movil a cargar y al despertador se le había acabado la batería, menos mal que llevaba mi reloj de pulsera, y que casi no había pegado ojo en toda la noche.

Gracias a Dios, había dejado de llover. Al intentar levantarme la primera vez, la cabeza me daba vueltas y me notaba muy cansado. Esperé cinco minutos más, y a la segunda intentona lo conseguí, no sin esperar unos segundos de pie, pero sin moverme, para que se estabilizara mi cuerpo. Lo primero que pensé fue: “demasiado champán”.

No desayuné, no tenía hambre. Me dio los buenos días mi madre y me recordó que tenía que llamar para lo del tejado. Le dije que sí con la cabeza, pero que hoy era fiesta.

Como tampoco había prensa escrita, abrí el portátil para verla por internet. No me acordaba que estaba sin batería y me saludó una pantalla negra, que, por más que le diera al botón de encender, no se aclaraba. Lo puse a cargar y cuando, por fin, se encendió, entré en las páginas de diferentes diarios, y lo que vi, no me gustó mucho, la verdad:

“El sistema informático del Congreso de los Diputados había sido jaqueado y las cuentas de correo de *sus señorías* han salido a la luz”.

“Una empresa de telecomunicaciones de Galicia, que proveía de señal a la Televisión Galega, había recibido un virus informático en toda su red, impidiendo emitir en directo, a partir de la media noche”.

“La señal de GPS de los vehículos dejó de funcionar a las doce de la noche pasada, y los coches no realizaban bien el cálculo de kilómetros recorridos”.

“En Beverly Hills un hotel había perdido todas sus reservas al caerse la red en la que tenían alojada su web”.

“Houston ha sufrido un gran apagón de luz esta noche. Toda la ciudad quedó a oscuras por un cortocircuito en el cortafuegos de entrada de un transformador”.

“Un terremoto de 6,1 ha devastado la ciudad de Brujas, que, en plena Navidad, estaba llena de celebraciones festivas”.

“Un senador americano se ha fugado de los Estados Unidos con más de diez millones de dólares obtenidos mediante casas de apuestas y ventas de drogas y de armas”.

Por no hablar de problemas a nivel doméstico: accidentes, asesinatos, ingresos hospitalarios, separaciones o detenciones. Vamos, la prensa aquel día era de todo, menos buena.

En mi comunidad tampoco salió el sol ese primer día de siglo. A Cecilio, mi vecino de arriba, le dio un infarto cuando estaba preparando la comida y Mary tuvo que llevarlo a urgencias. Mi madre se cortó en un dedo al abrir una lata de aceitunas para la ensalada. Y, por si fuera poco, en la calle, frente a mi portal, se habían dado un golpe dos coches, por suerte nada grave.

No sé si era por el cambio de mes, de año o de siglo, pero si esto era empezar con buen pie, había que prepararse para lo peor. Y rápido.

Yo, por si acaso, no quise trabajar en nada ese día. Solo me di una vuelta por la comunidad para revisar que todo marchara bien. Subí primero al rellano del cuarto piso, para ver cómo iba la gotera. Fui bajando las escaleras despacio, tranquilamente, como si esperara que en algún momento fuera a salir un vecino y me pusiera al corriente de sus desgracias.

No fue así hasta que llegué al primer piso. Enrique salía de su casa en ese momento, nos saludamos, nos felicitamos el año y me dijo que el movil se le había roto anoche sin haberle hecho nada *raro*. Que se iba a comprar otro

mañana mismo, y que le había dicho Carmela que eso era por el cambio de las fechas en el aparato.

No le dije nada, pero asentí. Y me quedé pensando: “¿cómo es posible que un simple cambio de números en un calendario genere tantos problemas en todos los órdenes de la vida?”.

Comimos los tres en casa sin más problemas que los típicos de tener que hacer una comida mejor, por aquello de celebrar el *Año Nuevo*. Por la tarde, dormir una buena siesta y ver la televisión fueron mis dos únicas acciones. Y, ya se sabe, de cenar, *sobras*.

Al día siguiente fue volviendo todo poco a poco a la normalidad. Me levanté a la misma hora de todos los días, llamé al de la claraboya y me puse a fregar, empezando por la cuarta planta.

Cuando llegué al patio, había un técnico de Eléctricas trabajando en el cuarto de contadores. Después de los *parcos* saludos, me dijo:

–Tengo que cambiar el temporizador de la luz de la escalera porque me he dado cuenta que, desde ayer no hace bien su función o tarda mucho en encenderse o no se apaga en tres o cuatro horas.

Yo no me había dado cuenta de ese detalle, pero si él lo decía, él era el entendido. Así que le dije:

–Si está roto cámbielo, claro.

Y contestó:

–Pues lo cambio y me voy *pitando*, porque ahora tenemos mucho trabajo. Entre la tormenta y el cambio de año, vamos locos de un sitio para otro.

Era extraño cómo cambiaban tantas cosas, sobre todo electrónicas, por un número, un simple número. Hoy estás, y mañana ya no.

A partir del segundo día del año, cada cosa volvió a su ser y cada persona a sus quehaceres diarios. Sin embargo, con todo el miedo que habían metido en la prensa con el

cambio de milenio, se vio que habían hecho *mucho ruido y pocas nueces*.

Sí, había habido problemas, casi siempre en aparatos electrónicos, y, sobre todo, los que tuvieran que ver con la fecha del calendario. Pero desde el gobierno también nos habían recomendado que tuviéramos cuidado al salir a la calle. Unos días más tarde, apareció un ministro en la prensa, pidiendo perdón por el discurso que había realizado el Gobierno de España.

Pero también hay que tener en cuenta que fueron una Nochevieja y un Año Nuevo más intensos, y más tristes que los anteriores y que los futuros.

EPÍLOGO

20-02-2002

Sí, intenso, y sí, triste. En las navidades del año siguiente, concretamente la noche de reyes del año 2001, nos enteramos que Paquita llevaba casi un año fallecida.

Un día frío de Enero, vino una persona que dijo ser un familiar suyo. Me contó que había estado ingresada un par de meses por un problema en el riñón, pero que, estando en el hospital, se agravó la dolencia. Tuvieron que operarla de urgencia, y no pudieron sanarla. Al día siguiente de la operación, en la UCI, poco a poco, dejó de respirar.

Pasaron el primer año del siglo y el segundo. Y en el tercero, totalmente acomodado tanto al puesto de trabajo, como al vecindario, estaba limpiando los cristales de la puerta de la calle. Pintaba el cielo *plomizo*, y de pronto salió el sol y las nubes se fueron en un abrir y cerrar de ojos.

Literalmente tuve que parpadear un par de veces para proteger mis pupilas. Y al hacerlo la segunda vez noté una volada de aire fresco. No hacía viento ese día y me pareció *raro*. Levanté la cabeza para volver a mirar el cielo, y, entonces, la vi.

No muy alta, melena morena, ojos castaños, unos treinta años, piel clara. Vestía unos vaqueros, camisa gris y una chaqueta que era más de verano, que de invierno.

Se plantó en medio de la acera. Quería entrar en el portal, pero yo tenía la puerta cerrada. Me hizo una seña para que le abriera. Le abrí, faltaría más, casi le pongo hasta una *alfombra roja*.

Me saludó con un rotundo:

–Hola, buenos días, soy Elena Perez, de Seguros “El Mago”.

Me quedé mirándola sin saber qué decirle. Cuando *desperté*, le dije:

–Si viene a dejar publicidad en los buzones, démela, y la repartiré después.

–No, perdona, pero voy al 2° C porque necesitan renovar el seguro de hogar, que le quedan dos semanas y, además, tenemos una oferta que hacerles.

Ella me tuteó desde el principio, así que yo cambié mi estilo:

–Oh, que casualidad, yo vivo allí con mis padres. Si quieres, subimos ahora mismo y hablamos. –“de lo que quieras, el rato que quieras, te invitamos a comer, a cenar y a dormir si quieres” pensé yo.

–Ah, pues estupendo, vamos allá –dijo.

Subimos volando los dos pisos. Yo delante. Cuando abrí la puerta de casa, entré y la esperé, pero se quedó plantada y mirándose como si necesitara que le indicara que pasara. Lo hice.

Le conté a mi padre a qué venía esa mujer, y con la mirada le quise decir: “tranquilo, que no es lo que te imaginas”. No sé si me entendió, pero ella se presentó dándole la mano.

Se sentaron alrededor de la mesa camilla del salón y yo me fui a mi cuarto. A practicar alguna faena imaginaria, pero, en realidad a no hacer nada, bueno si, a escucharla y mirarle sin que ella me viera.

Concertaron algo que no me importó no escuchar. Yo solo quería oír su voz. Terminaron de hablar y se volvieron a dar la mano, ahora mucho más amistosa, como de *pacto firmado*.

Cuando dejaron de hablar, aparecí en el salón, me miró y sonrió. Me aseguró que ya teníamos un buen seguro y que era un placer hacer negocios con mi padre. Yo sonreí, mirándola, de nuevo.

Al salir, le dije:

–Te acompaño, que antes me he dejado un cristal sin limpiar, y si no, las vecinas me dirán que trabajo a medias.

Volvió a reír, enseñándome su blanca y bien formada dentadura y sus labios, no muy carnosos, pero con ese color rosa pálido brillante, muy brillante, que le daba un toque de sofisticación.

Para despedirse en la calle no utilizó el típico adiós, ni el buenos días. Sino todo lo contrario:

–Le he dejado una tarjeta del seguro a tu padre con mi número movil. Llámame cuando quieras...

“cuando quieras... cuando quieras...”

No puedo decir cuánto tiempo estuve repitiendo esas dos palabras en mi memoria, mientras la miraba marcharse por la calle. Ella también echaba la vista atrás de vez en cuando, creo que para ver si aún estaba allí. Y sí, todavía permanecí *embebido* por su figura, creo que durante uno o

dos minutos, hasta que bajó Pedro y me *despertó*, o más bien, me asustó.

–Carlos, veo que te ha sentado muy bien el cambio de siglo, ¿eh?

–Hombre, no me puedo quejar –le respondí, intentando que no se me notara la tristeza, tanto por no tenerla allí, como por haber olvidado las dos palabras mágicas.

Él salió a la calle y yo terminé de limpiar. Por la tarde calculé a qué hora saldría mi padre de casa. En cuanto se fue, busqué la tarjeta de Elena, la encontré y la llamé. Me lo cogió al cuarto tono. Creo que tardó porque no sabía mi número.

En cuanto oí su voz no pude usar la mía, se había *escondido*. Cuando alcancé a mover la boca con alguna palabra, mi voz parecía de *ultratumba*. Me aclaré la garganta, y lo intenté de nuevo:

–Elena, soy Carlos.

–Ah, hola Carlos. ¿Qué tal vas? ¿Y tus padres? Ya he visto que tu padre ha mandado la transferencia del seguro.

–Bien, estamos bien. Sí, ha ido esta mañana al banco.

No me dejó continuar, seguidamente me preguntó:

–¿Quieres que quedemos esta tarde para tomar algo?

–Vale, ¿dónde quieres ir?

–Me gustaría ir a un bar que han abierto en la calle Pardo –respondió como si llevara días ensayando la frase.

No tenía ni idea de dónde estaba esa calle, pero me dio igual, ya la buscaría.

–¿A las seis, te viene bien? –quise saber.

–Perfecto, allí estaré. –dijo nada más acabar la pregunta.

–Hasta esta tarde, pues.

–Hasta luego.

Colgamos. Ella pensando en ese día y yo más contento que un niño con zapatos nuevos.

Nos juntamos esa misma tarde, y las siguientes. A comer, a cenar, a bailar, al cine,... Y así fue pasando el tiempo mientras planificábamos nuestras vidas juntas.

Tantos planes hicimos que nos casamos a los doce meses de noviazgo, justo el mismo día en que apareció en mi portal para venderme un seguro.

Hablando de portal, Esperanza falleció de mayor que era. Tenía una sobrina lejana que vendía el piso. Nos enteramos y hablamos con ella. Enseguida nos pusimos de acuerdo y se lo compramos.

Y siguió pasando el tiempo: días, meses, años. Hasta que, un caluroso día de agosto, nació David, nuestro primer hijo. Grande, hermoso, guapo ¡Qué alegría!

Yo seguía trabajando en lo que me gustaba y vivía con quien me gustaba. ¿Qué más podía pedir? Nada.

Bueno sí, que no me volviera a pasar lo mismo de nuevo. Porque lo que me ocurrió, tanto personal como laboralmente, perfectamente fue el cambio del siglo.

NOTAS DEL AUTOR

Esta historia tiene parte de realidad y parte de ficción. Si bien algunos personajes de la comunidad existieron, otros no. Y los que la habitaron no fueron exactamente como los describo, excepto un par o tres de ellos.

Sí que existen la ciudad, la calle, y el portal con sus dieciséis vecinos, que ya no son los mismos con el paso del tiempo. La señora de la limpieza que me antecedió, existía, pero tampoco era como la muestro aquí. Sin embargo, también tuvo sus *defectos*.

Aunque hago coincidir la narración con el tramo de años que contienen el paso a otra centuria, las historias de la comunidad que cuento, podrían haberse basado en cualquier otro tiempo, pasado o futuro. Para darse cuenta de ello, solo es cuestión de tener una relación, más o menos constante, con los vecinos. Además, todos los hechos que narro sobre el *Efecto 2000*, son ficticios, y si se parecen a la realidad, es pura coincidencia. En efecto, pasaron cosas, pero solo se limitaron al tema tecnológico, y nada importantes.

Yo sí que viví allí con mis padres, aunque la realidad, siempre tan distante de la imaginación, es que nunca tuve la opción, ni la llegué a barajar, de tener el trabajo que antes relaté. Es como si fuera un sueño, y ya se sabe, los sueños, sueños son. Tampoco me saqué el título de Ingeniería, ni me casé, y todavía sigo *soltero de nacimiento*, y sin *compromiso*.

Cada vecino tiene una característica que le hace ser diferente a cualquier otra persona, ya no solo dentro de la comunidad, o de la ciudad, sino del mundo entero. Es un pequeño homenaje a todas esas personas, lo hayan hecho bien o no, que se dedican, dedicaron o dedicarán a la limpieza de comunidades. Juntarse con tantas personas diferentes no es fácil. Mi aplauso para todos ellos.

AGRADECIMIENTOS

¿Qué sería de un libro sin la idea que te da otra persona? Lo primero, es lo primero, y Alejandro Martín, tuvo la visión necesaria para recomendarme y animarme a escribir, este, mi primer libro.

También quiero agradecer a mi hermana Begoña que me apoyó en todas y cada una de las iniciativas, importantes o no, que he tomado a lo largo de mi vida.

Raquel y Miguel vieron como avanzaba mi vida, por derroteros diferentes, y me ayudaron a volver, una y otra vez, a la senda correcta. Siempre recordándome que el mundo no es como lo ve una persona, ni dos, ni tres, sino como la van viviendo, como mínimo un grupo de personas en un entorno, más o menos cercano: la familia.

Ella, me hizo ver que había *más mundo* fuera de España. Y no solo mi sobrina, mis tíos Tomás y Pilar me “sacaron del cascarón”, y me llevaron a visitar diferentes partes de la región donde vivo. Y cuando salían del país, me ensañaban miles de fotos para demostrarme que había todo un mundo por recorrer.

Por último, gracias a mis padres, por tantos años de *fatigas* juntos. Siempre los recordaré.